

Cinco Minutos

Conocí a Miguel el primer otoño que trabajaba como enfermera paliativista a domicilio. Vivía con su mujer; tenían tres hijos independizados, ya con sus propias familias.

Miguel, un hombre vital, fue perdiendo lenta y paulatinamente sus facultades físicas, hasta acabar totalmente postrado en cama e inmóvil.

Siempre que iba a su domicilio había familiares que no lograban "acompañarle" en ese difícil camino que Miguel sabía que estaba recorriendo inexorablemente.

En la intimidad de las curas, él me comentaba la soledad que sentía. Ahí se desahogaba, recordábamos momentos bonitos e importantes de su vida y hasta reíamos.

Nunca olvidaré los cinco minutos que me regaló, de contacto visual intenso y en silencio, cogidos de la mano, solos en su habitación, la víspera de su muerte, llenos de serenidad, paz y gratitud.

Ines Martínez